

CAPÍTULO V.

El archiduque Maximiliano.—Su mando en el reino Lombardo Veneto.—Miramar.—Acepta la corona.—Opinion de los mexicanos que le visitaban.—Rehusa el trono de Grecia.—Opinion del rey Leopoldo sobre el de México.—Misión del Sr. Arrangoiz.—Es recibida la comision en Miramar.—Respuesta del archiduque.—Voto de gracias á Napoleon III.—Viaje del archiduque á Viena, Bruselas, Paris y Londres.—Recepcion de los mexicanos en Paris.—Vuelve la comision á Miramar.—Se aplaza la aceptacion.—Derechos de la corona de Austria.—Negociaciones sobre esto.—Protestas.—Aceptacion definitiva de la de México.—Ceremonias.—Juramento del nuevo emperador.—Nombramientos diplomáticos.—Tratado con Francia.—Decretos sobre empréstito y comision financiera en Paris.

S. A. I. y R. el archiduque Maximiliano, hermano del emperador reinante Francisco José, nació en Viena el 2 de Julio de 1832, y en 1857 se enlazó con la princesa Carlota, hija del rey Leopoldo de Bélgica. Destinado á la marina, empezó sus viajes á los 28 años, y al concluirlos fue nombrado jefe de la marina austriaca. En 1857 le confió el emperador el gobierno político y militar del reino Lombardo Veneto, conservando el mando de la marina.

Rodeado de todo el esplendor que le daban su ilustre linaje y sus derechos eventuales al trono de un gran imperio, no tenia empero en tan importante mando la autoridad necesaria para gobernar se-

gun sus inspiraciones. La proximidad al centro del poder, la facilidad de comunicarse instantáneamente, las ideas que dominaban en el gabinete austriaco, hacian que el archiduque no tuviese en realidad de verdad mas que un mundo de aparato, pues el que realmente gobernaba todo, lo grande como lo pequeño, era Mr. Bach, ministro del interior en Viena.

Sin embargo, durante los dos años que estuvo en Milan, en una época de agitaciones y de una constante conspiracion, el archiduque se condujo de manera que los mas ardientes defensores de la emancipacion italiana reconocian su moderacion, y aun se sabia que no aprobaba el sistema adoptado, hasta el punto de que sus miras políticas habian hecho que el gobierno austriaco le mirase como inspirado por un funesto liberalismo. De ahí empezó su popularidad en Europa.

Los sucesos se precipitaron en 1859. La Francia declaró la guerra á la Austria y la Lombardia se perdió. El archiduque se retiró á Trieste, á la orilla de cuyo golfo construyó en una roca escarpada el castillo de *Miramar*, nombre compuesto de dos palabras españolas, en recuerdo de un viaje á España. Alejado de la corte, mal con el ministerio, desdenado de la nobleza, que le miraba como un innovador peligroso, el archiduque consumia su actividad en aquella deliciosa, pero solitaria mansion, siguiendo

do atentamente la marcha de los acontecimientos políticos y pensando en el porvenir que, como todos los cálculos humanos, es contrario casi siempre á nuestras aspiraciones, por legítimas que sean.

Allí le sorprendió, es la palabra, la eleccion que habiamos hecho de S. A. I. para el trono de México. Al saber los mexicanos que estábamos en Europa la aceptación del archiduque, le dirigimos el 30 de Octubre de 1861 (víspera de la convenion de Londres) una respetuosa carta en testimonio de los sentimientos de gratitud que experimentábamos, á la cual respondió S. A. I. el 8 de Diciembre, dirigiéndose al decano de nuestros monárquicos, Sr. Gutierrez. En su respuesta nos aseguraba que siempre le habia interesado la suerte de nuestro país, y que se pondria al frente de él luego que de una manera inquestionable pudiese conocer que tal era la voluntad nacional. «Entonces, añadía S. A. I., podrá solo establecerse esa confianza mutua entre el gobierno y los gobernados, que es, á mis ojos, la base mas sólida de los imperios, después de la bendicion del cielo.»

En el invierno de 1861 á 1862, fueron sucesivamente á Miramar los Sres. Gutierrez de Estrada y Almonte; este último estaba á punto de embarcarse para México. El archiduque fué conociendo poco á poco á los demas mexicanos partidarios de la monarquía que estábamos en Europa, y á todos nos

ofreció una benévola y exquisita hospitalidad. Una de las cosas que en aquella época de esperanzas nos causó mayor satisfaccion y alegría, fué el ver la unanimidad con que todos juzgábamos al archiduque y á su consorte. Todos éramos monárquicos, pero habia naturalmente modificaciones en nuestras tendencias, y lo que á cada uno preocupaba mas respecto al futuro cambio de gobierno, lo creia resuelto por las tendencias mismas de S. A. I. en el sentido que deseaba. Todos los deseos eran dignos y patrióticos, todos indicábamos respetuosa y honradamente nuestras opiniones, y todos al juntarnos y comunicarnos nuestras impresiones, nos encontrábamos de acuerdo al juzgar al archiduque y aplaudíamos la inspiracion que nos llevó á elegirle.

Ese aplauso unánime lo trasmitiamos todos á México. En cuanto al que escribe estos apuntes, sus impresiones se publicaron en los periódicos de México desde la primera vez que tuvo la honra de ser huésped en Miramar; elogió el trato afable y benévolo de S. A. I., que en la intimidad era hasta expansivo, su amor al trabajo, sus principios católicos, su adhesion á Pio IX, el conocimiento de su época, sus tendencias liberales y el desinterés que mostraba en todo lo que personalmente podia afectarle.

Respecto á su futura política, convenia, y aun trabajó en su gabinete sobre esto con el autor de es-

tos apuntes, en la necesidad de dar una constitucion, pero hasta que la tranquilidad pública estuviese asegurada en todo el imperio mexicano. En suma, en cuantas veces tuvimos la honra de discutir con Su Alteza Imperial, siempre habia conformidad de ideas y para nosotros una lisonjera aprobacion.

Igual cosa acontecia cuando trataba de materias especiales con hombres tan competentes como los Sres. Murphy y Arrangoiz, en las veces que fueron los huéspedes de Miramar.

Idéntica impresion nos producía la archiduquesa Carlota. Su instruccion, sus tendencias á estudiar y discutir asuntos serios, extraños siempre á la imaginacion de una jóven de veintitres años, la variedad de los idiomas que hablaba, su gracia en pronunciar el nuestro, la fé que tenia en la empresa y la resolucion de su carácter, todo nos cautivaba y aumentaba nuestras esperanzas.

Los sensibles acontecimientos que prolongaron el término de esta empresa, segun hemos visto, presentaron una nueva ocasion al archiduque de mostrar la cordura con que entonces obraba. En aquellos tristes momentos S. A. nos decia que ellos le imponian el deber de ser solo un observador quieto, pero simpático, de los sucesos que tenian relacion con México. Comprendia lo que en esos momentos debia á la Francia, y no queria hacer nada que pudiese aumentar las dificultades existentes.

En aquel tiempo surgió la caida del rey Othon, y la reina Victoria y lord Palmerston escribieron al rey Leopoldo para que decidiese al archiduque á aceptar la corona de Grecia. El príncipe Maximiliano dió las gracias por esa prueba de confianza y rehusó: al mismo tiempo se dignó instruirnos de ese paso, para que nos sirviese de gobierno, si la ocasion se presentaba.

Uno de los mexicanos que visitó al archiduque, fué el Sr. Arrangoiz, antiguo ministro de hacienda, condecorado de la historia y de los hombres de México, así como de los Estados Unidos y la Europa, en donde habia residido varios años. Sus informes fueron de gran utilidad al archiduque, que encontraba siempre un gran interés en las respuestas que recibia á sus numerosas preguntas, designándole desde luego para ocupar un puesto eminente, segun la expresion del archiduque.

Como el Sr. Arrangoiz le dijese un dia que aunque la empresa no tuviese éxito, siempre le haria honor el haberla emprendido, le contestó S. A. lo siguiente: «Que el rey Leopoldo le habia dicho lo mismo, que era una empresa gloriosa, aunque tuviese mal éxito.»

El Sr. Arrangoiz fué enviado á Londres para procurar el reconocimiento de la regencia, recomendado por el rey Leopoldo. Lord Palmerston le recibió muy bien, y tuvieron una larga conversacion en inglés, en la cual el célebre ministro, reconociendo la